

Por la raja del coluro

Por Fernando Iwasaki

El Mercurio, Santiago de Chile, 6 de abril de 2014

A pesar de Pablo Palacio, Alfredo Gangotena, Jorge Carrera Andrade y Jorge Enrique Adoum, la literatura ecuatoriana no disfruta de la visibilidad que merecería. Durante los años 30 del siglo pasado *Huasipungo* (Buenos Aires, 1934) de Jorge Icaza y *Los Sangurimas* (Madrid, 1934) de José de la Cuadra le allanaron el camino a Miguel Ángel Asturias y José María Arguedas, pero desde entonces otros estupendos autores ecuatorianos no han alcanzado la misma dimensión continental e internacional. Sin embargo, gracias al prestigio de Javier Vásconez, Leonardo Valencia y Gabriela Alemán, comienzan a trascender nuevos nombres –algunos mayores, otros menores– como Abdón Ubidia, Raúl Pérez Torres, Huilo Ruales, Luis Aguilar Monsalve, Raúl Serrano, Miguel Antonio Chávez o Solange Rodríguez Pappé. Para los lectores ecuatorianos no son nada nuevos, aunque lo importante es que dejen de serlo en Chile, Argentina, España o México. Así, mi propósito es comentar el último libro de uno de estos escritores ecuatorianos que nos estábamos perdiendo. A saber, *Pubis equinoccial* de Raúl Vallejo.

Poeta, novelista y autor de varios libros de cuentos, Raúl Vallejo (1959) siempre ha escrito acerca del placer, la sensualidad y el erotismo en todos los géneros que abarca su obra, incluidos el ensayo y el articulismo. Pienso en sus novelas *Acoso textual* (1999) y *El alma en los labios* (2003); en los cuentos de *Huellas de amor eterno* (1999) y *Memorial de amores* (2004), y sobre todo en los poemas de *Cánticos para Oriana* (2003), donde reinan absolutos el regocijo, la concupiscencia y el hedonismo más rampante. ¿Entonces por qué se ha atrevido precisamente ahora a publicar un libro de cuentos eróticos? ¿Quedaba algún resquicio por explorar? Tengo para mí que el género erótico triunfa o fracasa en los pequeños detalles y así el mérito de Vallejo radica en la sabia combinación de narraciones de sexo explícito y en las todavía más sorprendentes de sexo implícito.

¿Cómo narrar situaciones de sexo explícito en esta era de *webcams*, porno a la carta, profesionales *on line* y *carpe diem* descreído? Sin duda a través del humor, porque los cuentos más sicalípticos de *Pubis equinoccial* parecen filmados por una cámara escondida que deja a los amantes cursis, ridículos, empalagosos y pelín mitómanos, aunque debo añadir que lo mejor es que esas criaturas que se rozan, se restriegan y se achuchan son más bien otoñales, cincuentonas y bultos traspuestos en gozosa caída libre por el tobogán del climaterio. Raúl Vallejo saca petróleo de la prórroga sexual de sus jugadores y así las escenas explícitas consienten situaciones que en el fútbol serían pecados pero que en el sexo son sacramentos. Por ejemplo, el dopaje (léase Viagra), el individualismo (ahora también le dicen *Selfie*) y la ayuda del árbitro (o sea, del tercer hombre). Pienso en «Tres en el espejo», «El blog del pornonauta» y «Luces de alta intensidad».

Ignoro si Vallejo estaría dispuesto a participar en una de esas novelas colectivas que según los gurús digitales reemplazarán a los escritores con nombre propio, porque a mí el texto en grupo me aterra tanto como el sexo en grupo que abunda en sus cuentos. ¿Qué le puede ocurrir al marido a quien su señora le venda los ojos después de haber contratado a un mulato para hacer un trío en la habitación de un hotel de Varadero? Lo mismo que nos ocurriría en una novela digital: que te metan un párrafo donde no cabe nada. Si *Pubis equinoccial* nos remite a esa línea imaginaria que corta al mundo en dos

coluros, Raúl Vallejo se las arregla para que sus personajes descubran los placeres más enrevesados por la raja del coluro.

No obstante, junto a los cuentos divertidos y rocambolescos de sexo explícito, nos aguarda el placer supremo de la lectura de unos breves y deliciosos relatos de sexo implícito. Prosas casi poéticas donde todo lo que tiene que ocurrir sucede entre líneas, en el deseo de las criaturas literarias y en la fantasía de los lectores. Es el caso de «Entre cortinas», «Terceto de cuerdas», «*In Partibus Infidelium*» y sobre todo «Románticos del siglo XIX», para mí, la historia más bella de *Pubis Equinoccial*. En realidad, «Románticos del siglo XIX» es una suerte de semilla literaria que puede seguir germinando en otros libros, tal como del *Quijote* floreció *Madame Bovary* y más tarde rebrotó en *Ana Karenina*. De las novelas en grupo jamás podría surgir algo así, porque el sexo analógico sigue siendo mejor que el digital.

Dejo para el último párrafo «Mi propia Lolita de nadie», un cuento que además de erótico es policial y también una fábula de educación sentimental. Si el protagonista hubiera sido maduro y masculino la historia habría sido vulgar, pero Raúl Vallejo ya libró esas escaramuzas en novelas, cuentos y poemas anteriores, y así nos regala a la memorable *Miss Andréé*, una exploradora de las líneas ecuatoriales, más vecinas que paralelas a la raja del coluro.

<http://impresa.elmercurio.com/Pages/NewsDetail.aspx?dt=2014-04-06&NewsID=217750&dtB=06-04-2014%20:00:00&BodyID=6&PaginaId=13>